

SOCIEDAD DEL BIENESTAR Y PEDAGOGÍA DEL ESFUERZO ¿REALIDADES DIVERGENTES?

M^a Isabel CORTS GINER
Universidad de Sevilla

Actualmente como podemos constatar, tanto en la bibliografía sobre esta temática que va “in crescendo”, como a través de los artículos que diariamente aparecen en la prensa, y las manifestaciones de padres y educadores, estamos viviendo una época de “crisis de valores”, entre los cuales podemos considerar el esfuerzo y la laboriosidad. Sin embargo, creo con Victoria Camps que los valores éticos no han dejado de estar en crisis, y esto es fácil de constatar a través de la Historia de la Educación. En este sentido bastaría como referencia un texto senequista de la carta XCVII a Lucilio cuando afirma: “Andas errado, Lucilio, si crees que la sensualidad y el olvido de las buenas costumbres y de todo aquello que cada cual atribuye a su tiempo son vicios de nuestro siglo. Son cosas de los hombres, no del tiempo”¹.

También creo con ella “que el reconocimiento de la crisis es una señal de lucidez, la lucidez derivada de la insatisfacción hacia una realidad humana y que no alcanza el listón adecuado”². En este mismo sentido recordamos las palabras de Locke cuando afirma que los que nos mueve y provoca el deseo de cambio no es la complacencia y la satisfacción con la realidad, el ajuste con ella, sino el malestar y la incomodidad.

De esta manera la toma de conciencia de las lagunas e imperfecciones de nuestra educación es la que mueve nuestra voluntad, para cambiarla y mejorarla.

Los valores fundamentales de nuestra cultura se han ido acrisolando después de más de veinticinco siglos, desde la Grecia y Roma clásicas, el cristianismo, la síntesis medieval y las distintas corrientes del pensamiento moderno. Sin duda a lo largo de todo este tiempo habrán ido sufriendo cambios más o menos profundos y hoy tienen su propio significado y manera de entenderlos, pero aún a pesar de todo, siguen suponiendo el entramado básico de nuestra existencia personal y social.

El esfuerzo, el espíritu de trabajo y el fortalecimiento de la voluntad, han sido para mí temas fundamentales de la educación, pero soy consciente de la escasa atracción y popularidad que puede ejercer en el mundo en el que nos movemos, un mundo del confort, de la comodidad, en el que impera la ley del mínimo esfuerzo, lo que los franceses llaman la cultura del “bouton pressé”, del “aprender sin esfuerzo”, slogan utilizado indiscriminadamente y hasta de la “gimnasia pasiva”, antítesis de la auténtica gimnasia, concebida como formadora no sólo del cuerpo, sino también del alma. Es una cultura del ocio, pero de un ocio mal interpretado porque precisamente para los griegos, creadores de este término, su significado no es no hacer nada o dedicarse a cosas banales, sino que es el resultado de una vida de esfuerzo que nos permite dedicarnos a la reflexión y al cultivo de las cualidades superiores, por eso ya entre ellos el ocio era un regalo del que muy pocos podría disfrutar.

¹ SÉNECA, L.A. (1964): *Cartas Morales*. Barcelona: Iberia, p. 148.

² CAMPS, V. (1994): *Los valores de la educación*. Madrid: Anaya, p. 12.

Hablar hoy de solidaridad, de libertad, de amistad, resulta enormemente atractivo aunque luego estemos muy lejos de actuar consecuentemente, pero hablar del trabajo, esfuerzo, eso es otra cosa, algo bastante olvidado en la Pedagogía actual, y a veces entendido como un contravalor, como lo demuestra la escasa bibliografía existente y sin embargo, no engañemos ni engañemos a nuestros alumnos, el trabajo, el esfuerzo, es “el impulso vigoroso y definitivo que hace posible al hombre convertir en realidad sus proyectos”³ y, la felicidad, meta del hombre, y a fin de cuentas de la educación, “no es algo que nos viene sin más, sino que en parte hemos de alcanzar con nuestro propio esfuerzo”⁴.

¿Cuáles son las causas del abandono de esta Pedagogía del esfuerzo, cuando no de rechazo frontal? Siguiendo a David Sacristán⁵ podríamos resaltar razones de tipo sociológico y tecnológico, como las aludidas anteriormente: sociedad del confort, técnica que facilita la vida e intenta suplantar el esfuerzo y decisión del hombre, etc. Hay otros argumentos derivados de las más importantes corrientes psicológicas modernas, en las que exaltan la libertad y la espontaneidad como principales factores de supresión de todo tipo de neurosis ocasionadas por la represión, y con ello constituyen un nuevo frente de ataques a la preocupación actual por el logro de la autonomía personal, llevando a la conclusión de que hay que dejar que cada niño desarrolle libremente su espontaneidad, sin controles, normas o esfuerzos que no generan sino que complejos y frustraciones.

Por último podríamos citar el influjo que, todavía hoy, sobre la Pedagogía ejercen ciertas teorías filosófico-pedagógicas que arrancando fundamentalmente de Rousseau, si bien por una parte han dado lugar a la llamada “Pedagogía de la Escuela Nueva” con sus muchos aciertos también han sido el origen de todas las corrientes anarquistas, libertarias y desescolarizadas (Illich, Reimer, Neill, etc.) de las que ahora se está lamentando sus errores. Sus principios fundamentales son la afirmación de que cualquier tipo de autoridad va contra la libertad de la persona, que no tiene sentido animar o coaccionar al alumno para que se esfuerce en la tarea de su educación, dado que es posible conseguir altas cotas de libertad y autodominio de manera natural y espontánea, pues siguiendo a Rousseau, para ellos la naturaleza de forma innata pone al educando en una tesitura capaz de permitirle conocer lo que debe hacer y le proporciona las fuerzas necesarias.

Sin entrar en una crítica profunda de estas concepciones de la educación, que podría hacerse desde muchos ámbitos, quizás el más significativo sea su propio fracaso, si queremos en estas páginas aducir algún argumento que ponga de manifiesto el error de estos principios.

Es cierto que la libertad es uno de los atributos característicos del hombre, negarla sería negar su propia dignidad. Sin embargo “el ejercicio de esta libertad exige la fuerza necesaria para escoger y llevar a la práctica lo que deseamos... ahora bien, la fuerza no suele venir espontáneamente ya que al niño le desagrada el esfuerzo, sin el cual no puede haber libertad de arbitrio, sino ordinariamente alienación⁶. De ahí la importancia de que el educador sepa eliminar la blandura y el capricho que constriñe primero y luego aliente al educando a un esfuerzo que le produzca el fruto del autodominio y de la fuerza de voluntad. Para ser libre hace falta una fuerza que

³ TIERNO, B. (1994): *Valores humanos*. Madrid: Taller de Editores, p. 103.

⁴ GARCÍA HOZ, V. (1952): *Cuestiones de Filosofía de la Educación*. Madrid: C.S.I.C., p. 53.

⁵ SACRISTÁN, D. (1988): “La importancia del esfuerzo en el proceso educativo” en *Dimensiones de la voluntad*. Barcelona: Dossat, p. 116 y ss.

⁶ IBÁÑEZ MARTÍN, J.A. (1982): “Posibilidades y características de una educación moral en una sociedad pluralista” en *Educación y futuro*. Documento de difusión limitada, pp. 9-10.

lleve al niño a decidir personalmente y esa fuerza no surge espontáneamente, sino a través del conocimiento y del entrenamiento.

En la libertad moral, plano último de la libertad que presupone la ontológica, y la de arbitrio, el esfuerzo tiene todavía mayor importancia, ya que es la que permite llegar al autodomínio, para poder alcanzar las más altas metas de su perfección como persona. Esto se consigue por una férrea fuerza de voluntad, puesta al servicio de un ideal capaz de orientar nuestras energías.

También desde la Psicología podemos argumentar en contra de la negación del esfuerzo y autoridad. Libertad y autoridad se pertenecen recíprocamente. Sólo se convierten en enemigas cuando la primera degenera en arbitrariedad y la segunda en violencia, perdiendo ambas su esencia. Sobre esto se manifiestan muchos autores: “El que obedece a la verdadera autoridad, se hace libre” (Jaspers), “El afianzamiento del yo, pasa, debe pasar ineludiblemente, por el apoyo en el tú” (Yela); “Si en la vida maduraha de reinar la libertad auténtica en lugar de la arbitrariedad, la educación tiene que crear primero un medio en el cual se consolide el carácter” (Spranger)⁷.

Respeto a que no se debe formar hacia ningún tipo de comportamiento porque él solo, espontáneamente, se dirigirá hacia lo que debe, sólo fijándonos en nuestra propia y personal experiencia, somos conscientes de la falsedad de este principio.

Podríamos seguir profundizando en esta línea de análisis y críticas de las posturas que niegan la necesidad del esfuerzo en la educación. Sin embargo creo nuestra intención aquí, es intentar dar unos puntos de reflexión sobre los aspectos positivos y de la necesidad de que nuestra educación vuelva por el camino de la Pedagogía del esfuerzo.

Mi dedicación a la Historia de la Educación me lleva siempre a buscar las raíces y los argumentos de solución a los problemas que plantea la educación actual en el pensamiento de los clásicos. Al igual que como hombres no partimos de la nada, sino como afirma Ortega y Gasset, “en nuestro presente resuena el pasado y palpita el futuro”, como educadores creo que nuestro pensamiento tiene que apoyarse en el de aquellos que anteriormente ya se plantearon estas cuestiones y que, a pesar del tiempo y del cambio de las circunstancias, podemos afirmar que sus ideas siguen vivas.

Respecto al tema que estamos tratando, la necesidad del esfuerzo y del trabajo para llegar a ser plenamente personas, ya desde la antigüedad los grandes educadores habían insistido en ello: “Las cosas bellas son difíciles”, decía Platón, y concretaba que aquellos por cuya naturaleza privilegiada estaban destinados a la más sublime de todas las ciencias, la contemplación del Bien, tendrían que hacerlo “elevándose hasta él por ese camino áspero del que hemos hablado”. En los designados para el gobierno de su ciudad ideal, el esfuerzo y el amor al trabajo serán disposiciones necesarias⁸.

También Aristóteles se manifiesta en un sentido parecido cuando en “La Política” trata el tema de la educación: “Instruirse no es una burla y el estudio es siempre penoso. El ocio es el término de una carrera”⁹.

Plutarco en su obra *La educación de los hijos* trata de la necesidad del esfuerzo y la constancia en la educación y pone un ejemplo muy ilustrativo: “Así como las gotas de agua horadan las piedras y el hierro y el bronce se desgastan con el contacto de las manos... lo que

⁷ Ver JASPERS, K. “Libertad y Autoridad”, *Universitas* vol. I. n.º3; YELA, M. (1967): *Educación y Libertad*. Bilbao: Banco Bilbao Vizcaya; SPRANGER, E. (1971): *El espíritu de la educación europea*. Buenos Aires: Kapelusz.

⁸ PLATÓN. (1975): *La República*. Madrid: Espasa-Calpe.

⁹ ARISTÓTELES. (1974): *La Política*. Madrid: Espasa-Calpe.

es antinatural, con el trabajo llega a ser más fuerte que los natural”. Y más adelante insiste la eficacia del trabajo con una comparación muy frecuente en los clásicos: “un terreno est y más áspero de lo necesario, si se cultiva produce al punto excelentes frutos”¹⁰.

Séneca afirma en una de sus *Cartas a Lucilio* que se burla del que afirma “que el camino de perfección es milicia blanda y fácil” y advierte que “sólo el esfuerzo abre camino”. La educación del hombre es para él camino difícil y lleno de obstáculos. Por ello aconseja que, le de ignorarlas, se debe contar con las dificultades, precaverse contra el desánimo y crear un espíritu de perseverancia y confianza en sí mismo “Ello (la perfección) es difícil, lo sé, pero no digo yo que el sabio irá siempre al mismo paso, sino por el mismo camino” Confía plenamente en las posibilidades del esfuerzo humano, y para él “a más esfuerzo, más felicidad”¹¹.

También en Quintiliano encontramos como elemento fundamental de la educación el esfuerzo cuando habla de la necesidad de la creación de hábitos desde la infancia: “¿No arruinamos nosotros mismos el carácter de nuestros hijos pues desde la infancia los estropeamos con mimos y crianza blanda que llamamos cariño zapa todo el vigor de la mente y el cuerpo?”. Aboga por un esfuerzo adecuado a la naturaleza del niño vaya creando unos hábitos que facilite unos aprendizajes cada vez más difíciles. Es en este sentido en el que afirma: “en los primeros años al niño la educación deberá seguir a la naturaleza, después será esta la que tendrá que adecuarse a la educación”¹². ¿No es este el principio que propugna la Pedagogía actual de que el interés crea el hábito, pero que también el hábito y el esfuerzo tienen que llegar a crear el interés?

En este mismo sentido San Jerónimo en su *Tratado de educación femenina* afirma “Procúrese que tome gusto por lo que se la fuerza a recitar, de manera que no sea trabajo sino placer, no necesidad sino voluntad”¹³.

En los pedagogos del Renacimiento seguimos encontrando innumerables textos sobre este tema. Así, Vives, en su *Pedagogía pueril*, afirma: “Puesto que Dios no otorga sus dones a los ociosos, es menester que pongas trabajo y diligencia en el estudio de las letras y en afán de conseguir la virtud”¹⁴.

Montaigne trata del esfuerzo en el aprendizaje como algo vital en el sentido de actividad y creatividad ante lo que se tiene que aprender, como medio de incorporarlo a nosotros mismos. “Todo lo que el niño tomare de otro lo fundirá y transformará para producir una obra completamente suya, el propio juicio. Su educación, estudio y trabajo se proponen ese único fin”¹⁵.

Par Kant la virtud no puede practicarse sin esfuerzo y sin lucha. Pestalozzi, desde una postura más optimista sobre la naturaleza humana, plantea como punto de partida de la instrucción humana, el deseo y la íntima aspiración original de la naturaleza del hombre hacia su propio desarrollo y éste no significa abandonarse al instinto, sino llegar a “hacer de lo que debe, la ley de lo que quiere”¹⁶. Este es para él el proceso de personalización y en él la voluntad y el esfuerzo son esenciales.

Ya en nuestros días recogemos el pensamiento de algunos pedagogos de diferentes tendencias, pero que coinciden en la necesidad de volver a una Pedagogía del esfuerzo. A

¹⁰ PLUTARCO (1985): *La educación de los hijos*. Madrid: Gredos.

¹¹ SÉNECA, L.A. Cartas morales. Carta XXXVII y XX.

¹² QUINTILIANO. Instituciones Oratorias.

¹³ SAN JERÓNIMO. *Carta a Laeta*. Ep. CVII. Madrid: B.A.C.

¹⁴ VIVES, J.L. (1948): *Doctrina Pueril, en Obras Completas. Tomo II*. Madrid: Aguilar.

¹⁵ MONTAIGNE, F. (1968): *Ensayos pedagógicos. La educación de los hijos*. Madrid: Anaya.

¹⁶ PESTALOZZI (1797): *Mis investigaciones sobre la marcha de la naturaleza del género humano*.

Barranow nos dice: “Un trabajo fácil, que no exija ni la fatiga corporal ni la fuerza de voluntad, no produce ningún efecto educativo”¹⁷.

Dante Morando es más explícito: “En la educación de la naturaleza humana se puede confiar en la pura espontaneidad, pero la educación de la personas implica un esfuerzo, un sacrificio, una disciplina interior. Construir la propia personalidad significa organizar los elementos de la propia naturaleza y elegir el propio, verdadero yo, subordinando a ello todo lo que esté vinculado con el yo, pero que no debe aprisionar el genuino desarrollo”¹⁸.

P. Chauchard, denunciaba ya hace años que el mayor prejuicio de nuestra época consistía en la idea de que lo natural en el hombre es la espontaneidad. Para nuestra época lo natural es lo fácil, es dejarse llevar, el abandono a los instintos, el rechazar el esfuerzo y la reflexión... pero muy al contrario el hombre no es natural más que en el difícil dominio de sí mismo, al servicio de una conducta que su reflexión le ha demostrado ser plenamente válida dentro del plan individual y social, en relación con lo que el hombre es”¹⁹.

Para Luypen “el hombre es una tarea en el mundo, un tener que ser” y toda construcción requiere esfuerzo”²⁰. En este mismo sentido Zubiri afirma que el hombre se encuentra con que “ha de estar haciéndose y es en este hacerse, donde la existencia humana adquiere su mismidad y su ser”²¹.

García Hoz, que postula el esfuerzo como origen de la alegría añade “el esfuerzo es, en el concepto ascético de la educación, el fenómeno central en el cual pivotan todos los demás fenómenos internos que han de dejar huella en la vida del hombre, es decir, en los fenómenos educativos”²².

Para Ibáñez Martín “no hay dignidad donde tampoco hay esfuerzo, sin él casi nada valioso se hace en la vida”²³.

Por último, Von Cube, basándose en la simple biología de la conducta, llega a la conclusión de que el hombre sólo puede gozar del placer que se ha ganado con su esfuerzo: “el hombre está programado para el caso serio y no para el juego, de modo que cuando aspira al placer sin esfuerzo, está en camino de dañarse y autodestruirse... el vicio consiste, precisamente, en sentir agrado sin esfuerzo y una de sus consecuencias puede ser el aburrimiento agresivo que manifiestan muchas jóvenes de clases acomodadas... el niño debe experimentar que el esfuerzo conduce a un disfrute más intenso que el producido por una rápida y fácil satisfacción de las tendencias”²⁴.

Creemos que todos estos textos pueden servirnos como puntos de reflexión sobre la necesidad del esfuerzo y del trabajo en la formación de la persona.

La Pedagogía del esfuerzo nos lleva directamente a la Pedagogía de la voluntad. ¿Que entendemos por voluntad? Para los escolásticos la voluntad es la facultad dominante y soberana del hombre, es la tendencia a desear, a buscar y gozar de lo que es aprehendido por el intelecto

¹⁷ BARRANOW, S.P. (1987): *Manual de Pedagogía soviética*. Barcelona: Laertes, p. 194.

¹⁸ MORANDO, D. (1972): *Pedagogía*. Barcelona: Miracle.

¹⁹ CHAUCHARD, P. (1970): *El dominio de si mismo*. Madrid: Guadarrama, p. 22.

²⁰ LUYPEN, W. (1971): *Fenomenología existencial*. Buenos Aires: C. Lohlé, p. 264.

²¹ ZUBIRI, X. (1944): *Naturaleza, Historia, Dios*. Madrid: Editora Nacional, p. 481.

²² GARCÍA HOZ, V. (1963): *Pedagogía de la lucha ascética*. Madrid: Rialp.

²³ IBÁÑEZ MARTÍN, J.A. (1981): *Hacia una educación humanista*. Barcelona: Herder, p. 59.

²⁴ VON CUBE, F. (1988): *Exigir en vez de mirar*, en *Actas del Simposium Internacional de Filosofía de la Educación*. Vol. I, p. 157-180. Barcelona: U.A.B/U.B.

como un bien. Y ejerce una influencia práctica y directa sobre los problemas de la educación. Es la fuerza moldeadora que dirige la vida del hombre y la fuerza integrante principal de carácter. La voluntad es la llave maestra que abre el tesoro que cada uno lleva dentro de sí.

Pero hay que tener en cuenta que la voluntad es el resultado de un proceso de formación. Su ejercicio se haya presente en el inicio de la vida individual y va avanzando progresivamente mediante las incitaciones procedentes de otras funciones: coherencia, constancia, fidelidad, dedicación, constituyen lo que Mounier llama “el movimiento de personalización que enriquece al individuo hasta llegar a la adquisición de la personalidad equilibrada”²⁵.

Al tratar de la formación de la voluntad necesariamente hemos de tener en cuenta la inteligencia y el sentimiento. La voluntad, junto con la inteligencia formarán las facultades superiores del hombre que a su vez se interrelacionan con las vegetativas y sensitivas consideradas como inferiores. En el pensamiento actual la importancia de la interrelación de todas ellas es considerada fundamental.

Voluntad e inteligencia van muy unidas pero no pueden confundirse. Nada puede querer si no se conoce previamente, decían ya los clásicos, de tal manera que, para Sócrates, el que no actuaba según la virtud, no era malo, sino ignorante. El conocer se nos muestra como condición de posibilidad de la actuación, por lo tanto, en principio es anterior a esta. Pero en este sentido quisiera insistir en otro aspecto que ya hemos visto en algunos de los textos de la antigüedad y que la Pedagogía actual tiene olvidado, y es que también la voluntad puede ejercer su influencia sobre la inteligencia al llevarnos a querer lo que hacemos. En este caso el esfuerzo al realizar una acción nos lleva a conocerla mejor y a quererla. Esto tiene enormes repercusiones educativas.

Por otra parte, deberemos tener en cuenta que un simple juicio de la inteligencia no induce siempre a una decisión de la voluntad. Jamás, como afirma Mounier, un debate puramente intelectual conducirá a una decisión: cuanto más se desmenuzan críticamente los motivos, más se neutraliza la fuerza. Es la acción la que tiene como efecto franquear el punto muerto en una apuesta que no siendo irracional, sin embargo puede no ser completamente razonable. En este mismo sentido advierte Payot que la idea por sí misma no es una fuerza, porque la conciencia se halla en conflicto con los estados afectivos, pero hay unos medios auxiliares a los que hay que acudir, que son la reflexión meditativa, mediante el análisis y la fijación de nuestra energía en hábitos²⁶.

Por tanto, deberemos tener en cuenta la realidad de esta interrelación, pero ser conscientes de sus diferencias y no confundirlas: educar la inteligencia no es lo mismo que educar la voluntad. La educación actual tiene como prioritaria la primera, desatendiendo en muchas ocasiones a la segunda, sin darse cuenta de que sin el complemento de ambas no puede hablarse de verdadera educación.

Al tratar de la voluntad deberemos tener en cuenta también otro factor: el sentimiento. Lo que mueve a la voluntad no es solamente el conocimiento, sino también la afectividad por ello. Para Rojas, la educación de la voluntad debe ser integral abarcando aspectos físicos, psicológicos, afectivos, intelectuales, sociales, espirituales y corporales²⁷.

Educar la voluntad es educar el esfuerzo, el carácter, el autocontrol, y aquí está presente la totalidad física, psíquica y espiritual del hombre. Tampoco debemos confundir educación de la voluntad con educación moral, pero sí tener en cuenta que para una educación moral es:

²⁵ GIAMMANCERI, E. y PERRETI, M. (1981): *La educación moral*. Barcelona: Herder, p. 309.

²⁶ PAYOT, J. (1907): *La educación de la voluntad*. Madrid: Jorro, p. 177.

²⁷ ROJAS, E. (1994): *La conquista de la voluntad*. Madrid: Ed. Temas de Hoy, p. 53.

necesaria una educación moral. Sólo desde una pedagogía del esfuerzo se logrará la verdadera libertad moral.

La importancia de la educación de la voluntad radica en que su influencia se extiende más allá de sí misma, sobre todas las facultades del hombre, por tanto educarla no es sólo aumentarla, sino prepararla para que esté lista para la acción, sea tenaz en sus propósitos y esté habituada a dirigir las actividades de las demás facultades hacia sus fines. La voluntad debe autoeducarse y aquí debe participar el esfuerzo.

En la formación de la voluntad intervienen fundamentalmente dos factores: la motivación y los hábitos²⁸.

A) La motivación. Es decir, contar con intereses que atraen, solicitan y mueven. Los actos de la voluntad se realizan bajo la influencia de motivos que actúan como fuerza. Estos se examinan, se delibera sobre ellos y después se elige y decide.

Estos motivos deben ser integrados armoniosamente en forma de propósitos deseables para el niño y tienen que estar de acuerdo con su naturaleza. Peretti afirma que el joven se mueve: 1º) por la necesidad del placer inmediato. 2º) por el deseo de conquistar la realidad física y social y 3º) por los valores morales, por el bien en sí. Cada una de estas etapas, y esto es fundamental, hay que superarla para poder llegar a la siguiente. Si no es así puede, a lo largo de la vida adulta, aparecer conflictos en la personalidad.

En cuanto a la motivación deberemos tener en cuenta que no sólo debe ser externa y distinguir, como nos enseña la Psicología de la Educación, entre **incentivo** o intereses externos a la persona y **motivos** o intereses internos fundamentales y vitales²⁹. La educación no puede basarse únicamente en los primeros, quizás tiene que utilizarlos como punto de partida, pero debe tender hacia los segundos, mucho más profundos y duraderos.

También tendríamos que tener en cuenta que interesante no es lo mismo que fácil. Que el desarrollo del interés por medio de la motivación no supone mero entretenimiento, sino que implica una atención voluntaria, sostenida y un esfuerzo vitalizado. Por ello, hay que ir profundizando en los motivos, haciendo que el alumno pueda ir superando el incentivo inmediato, para llegar a metas más lejanas que nos hemos propuesto.

Habrá igualmente que distinguir entre **desear**, motivación afectiva, que tiene un gran atractivo para el niño y el adolescente, del **querer** que implica ya la voluntad y es propia del hombre maduro. Hacia ella habrá que dirigir la motivación. Como podemos comprender no es tarea fácil y requiere mucha habilidad, paciencia y constancia por parte del educador.

Los medios de desarrollar el interés para que inspire un esfuerzo global, podrían ser, y de ellos dependerá en gran parte su eficacia:

- Proponer al alumno una amplia gama de actividades que le incentiven.
- Que sean actividades proporcionadas a sus facultades.
- Crear condiciones que aseguren la satisfacción.

Como elementos básicos de la motivación podemos considerar:

- La comprensión completa del proceso de crecimiento y desarrollo del alumno, de sus ambiciones y esperanzas. Cada niño tiene sus particularidades y tiene que conocerlas, no solo el educador, sino el propio educando.

²⁸ QUINTANA, J.M. (1995): *Pedagogía moral*. Madrid: Dykinson, p. 542 y ss. y SACRISTÁN, D. Ob. Cit.

²⁹ KELLY, W. (1969): *Psicología de la Educación*. Madrid: Morata, Tomo I, p. 286.

- La personalidad y actitud del profesor. En este sentido recordamos la frase de Guardini de que el profesor enseña, en primer lugar por lo que es, en segundo por lo que hace sólo en tercer lugar por lo que dice. Por tanto la personalidad del mismo será fundamental, pero tampoco debe abandonar su función que no será únicamente la de ser un buen motivador, sino la de dirigir las actividades físicas, mentales y emocionales, estimulándolas para que creen intereses, actitudes y hábitos permanentes.

Un aspecto muy importante que debemos tener en cuenta es que no sólo hay que enseñar a esforzarse por el interés, sino enseñar a interesarse voluntariamente en un proceso que va desde dentro hacia fuera, es decir, “aprender a querer”.

B) Creación de hábitos. Todas las actividades físicas y mentales están sujetas a las leyes del hábito. Estos se forman en la vida de cada persona por medio del esfuerzo personal, y hay que crearlos cuanto antes porque determina y no en pequeña medida, el carácter de la persona. También en este punto podríamos citar muchos textos de los grandes pedagogos.

Para ser eficaces los hábitos no tienen que ser impuestos, sin más, desde fuera sino que tienen que ser comprendidos, interiorizados, acompañados de un proceso de autoformación interior.

Para Kelly los factores a tener en cuenta en la formación de hábitos son, principalmente³⁰

- *La repetición uniforme y frecuente*, de una acción basada no en la mera rutina, sino en la comprensión y en la reflexión del por qué y para qué, comenzando por superar los estímulos sensibles (agresividad, etc), dominando los instintos (hacerse notar), superar las inhibiciones sensibles (pereza, miedo, etc.), llegar al autodomínio, siempre cuidando de que sean acciones concretas que se vayan superando antes de comenzar otras nuevas.

Esta acción que requiere la formación del hábito es fundamental para la formación de la voluntad. No basta comprender, es preciso obrar y tendrá que ir encaminada a que los alumnos adquieran gusto y satisfacción en el esfuerzo que realicen. En esto el educador tendrá sumo cuidado para pedir el esfuerzo que sabe que puede hacer cada uno y no exigir algo para lo que no sea capaz o le cueste un esfuerzo desproporcionado: “Yerra quien reduce la educación e desarrollo natural de la individualidad, pero yerra también quien prescinde de ella”³¹.

En esto, como en toda tarea educativa, la sabiduría está en el punto medio entre una exigencia coherente, dosificación y conocer las aptitudes y limitaciones de cada persona, es decir, la dedicación y el sentido común del profesor.

- *Marcar metas y objetivos a corto plazo* que sean adecuados, factibles, animando al alumno, cuando lo consigue y haciéndole sentirse satisfecho, ya que la satisfacción y la alegría que proporciona el logro, la autosuperación personal, es una de las mayores fuentes de motivación para poder realizar el esfuerzo que supone la adquisición de los hábitos.

- *Colocar a la persona en situación de actuar sólo*, dándole oportunidades de superar las dificultades, que siempre se plantean ante una determinada actuación.

Toda formación de hábitos positivos, base de la formación de la voluntad, tiene que tener un fondo ascético, donde el esfuerzo es la clave. Habrá que acostumbrar al niño desde pequeño

³⁰ KELLY, W. Ob. cit., p. 171 y ss. Véase también SACRISTÁN, D. Ob. cit.

³¹ GIAMMACHERI, E. Ob. Cit., p. 313.

(también esto lo advertían los clásicos) a vencer las dificultades, el cansancio, la desgana y hasta la frustración. El niño debe experimentar que aprender a vivir significa tener capacidad para superar las adversidades. No deberemos, pues, allanar totalmente el camino, sino hacerle consciente de que su esfuerzo requiere valor, fortaleza, capacidad de aguante, constancia, magnanimidad y magnificencia.

Muchas más cosas y mejor podrían decirse sobre la Pedagogía del esfuerzo, sin embargo, como hice constar al principio de estas páginas, mi propósito no ha querido ir más lejos de apuntar algunas líneas de reflexión que creo pueden hacernos reconsiderar la situación actual y ayudarnos a mejorar nuestra educación, y a tomar conciencia de que es precisamente con el esfuerzo y con el fortalecimiento de la voluntad como podremos alcanzar el bienestar interior, que es el que importa, y la felicidad.

Como consideración final quisiera advertir que en este tema es imprescindible la transversalidad, de la que nos habla la L.O.G.S.E. cuando plantea el tema de la formación moral,³² el llevar toda una acción concertada, con unidad de criterios, y de que el esfuerzo y el espíritu de trabajo son el quicio sobre el que se apoya la formación de la personalidad física, intelectual, afectiva y moral del educando, para que no tengamos que lamentarnos, como lo hace el protagonista de una de las últimas novelas de Javier Marías cuando afirma “Hace ya más de un siglo que dejó de educársenos para convertirnos en adultos, y el resultado es que los adultos de nuestra época están educados- estamos educados- para seguir siendo niños”³³.

³² La L.O.G.S.E., plantea esta educación con un carácter de transversalidad, es decir, para ella la educación moral debe estar presente en todos los aspectos de la acción educativa y por supuesto creo que así debe ser. Es la formación de la persona moral nuestro objetivo y esto tiene que impregnar toda la tarea educativa. La virtud no es tal si no se convierte en vida, como decía Sócrates y esto hay que ir haciéndolo y aplicándolo día a día, momento a momento y en las distintas situaciones vivenciales ya que el desarrollo de los valores es un proceso personal que dura toda la vida. Sin embargo creo que esto no es suficiente. La moral tiene que tener una presencia en el currículum con unos contenidos concretos. No basta este tratamiento transversal, necesario, insisto, pero que en la práctica puede entrañar muchos problemas comenzando por el de la propia personalidad moral de los maestros de cuya preparación casi han ido desapareciendo no sólo la educación moral, sino otras materias básicas para la formación personal como la Antropología, la Filosofía de la Educación, la Historia de la Educación, etc. Por ello países muy avanzados en el terreno educativo como Suecia e Inglaterra en sus últimas reformas han incrementado en el currículum escolar las horas dedicadas a la educación moral y religiosa.

³³ MARÍAS, J. (1989): *Todas las almas*. Barcelona: Circulo de Lectores, pp. 108-109.